

La bienvenida

RENÉ VÁZQUEZ DÍAZ

Cuando el viajero, turista u hombre de negocios, invitado oficial o simple visitante, llega al Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México, lo primero que llama su atención es, justo antes de pasar por el control de pasaportes y de aduana, la advertencia: Atención: No comprometa su estancia legal en el país ofreciendo gratificaciones, dádivas, regalos o donaciones a los servidores públicos que aquí trabajan. Y esto va firmado por un Programa de Mejoramiento de Servicios Públicos Aeroportuarios.

Al principio semejante admonición me pareció sólo exótica. Sin embargo, mientras me ponía en la cola para ser recibido por la barrera de autoridades que suelen revisarlo a uno en los aeropuertos, comencé a reflexionar vertiginosamente y confieso que a escandalizarme.

Era la primera vez que venía a México, y mi vista se pegó a aquel cartel que ahora, mientras más lo releía, más insólito me parecía. En todos los aeropuertos del mundo se encuentran avisos similares pero de contenido diferente: advierten que no se introduzca en el país más de cierta cantidad de alcohol o tabaco, o de no traer carne fresca, tierra o vegetales, para evitar plagas y epidemias. Pero que de entrada le espeten a uno que puede resultar "legal-mente" peligroso sobornar a un funcionario (lo cual es obvio para cualquier persona normal) es algo absolutamente extraordinario.

Me están insinuando, pensé, que esos señores que dentro de un instante escrutarán mi pasaporte y mis maletas son sobornables. Y lo que me resultó aún más ofensivo: me están diciendo que yo podría, muy bien, pertenecer a la estirpe crapulosa de los que se prestan al cohecho y la desvergüenza.

Entonces, mientras la cola avanzaba, me objeté a mí mismo que estaba exagerando. Pero una retahíla de pre-guntas me asaltó de inmediato: ¿Por qué tendría yo, justamente en México y no en Portugal, Francia, Nicaragua o Puerto Rico, que caer en la peregrina idea de ofrecer "dádivas o gratificaciones" a los servidores públicos? ¿Acaso esperaban aquellos servidores que yo, en caso de que se presentara alguna dificultad con la visa, etc., les ofreciera alguna "donación"? Porque, pensándolo bien, ¿qué significado tenían las palabras empleadas en el aviso? Gratificación tiene una connotación de recompensar, con dinero, un servicio prestado. Dádiva es sinónimo de soborno. Donación y regalo son extrañas en el contexto pues a quién se le ocurriría, acabado de llegar del otro lado del mar, con las nalgas entumecidas y mal sabor en la boca, empezar a repartir, alegremente, "regalos y donaciones" entre unos funcionarios a quienes ve por primera vez en su vida? O sea, hablando en plata, habían usado todas esas palabras para decirnos, gentilmente, que nos abstuviéramos de sobornar a las impre-decibles autoridades mexicanas en aras del "mejoramiento de los Servicios Públicos Aeroportuarios". Lo más escandaloso de todo era quizás la palabra "mejoramiento", pues constituía una aceptación a gritos de que el trapicheo de dádivas y gratificaciones era una práctica corriente que había que "mejorar".

La cola se hacía cada vez más corta y yo sentía una mezcla de enojo y terror. ¿Era éste el México de mis sueños? Porque si yo pongo en la puerta de mi casa un cartel que rece: Atención: No comprometa la integridad de su jeta usando miraditas, piropos, pellizcos, galanterías y requiebros con mi mujer, y si para colmo lo firmo: Programa de mejoramiento del funcionamiento familiar, ¿qué pensarán de mí, y de mi esposa, los amigos que me visiten? ¡Qué tentación, qué llamamiento al desparpajo! La verdad es que no pude evitar esta desagradable idea: si a los modestos funcionarios del aeropuerto se les puede engrasar con donaciones y dádivas ¿por qué no a policías y granaderos, a periodistas o a algún que otro gobernador, a un escritor encumbrado o a cualquier ministro y, por qué no -siempre y cuando se le presentase la ganga con los eufemismos correctos- al señor Presidente en persona?

Rozar tan sólo esa posibilidad me llenó de dolor. Desde mi más tierna infancia, México fue siempre un reino idealizado, querido y admirado. Pero ahora, caray, un pu-ñetero cartel aeroportuario me estaba aguando la sopa antes de probarla. Ya quedaba una sola persona delante de mí. Con imprudencia temeraria, abrí mucho los ojos y puse pescuezo de jirafa (debí de parecer criminal y culpable pues así me sentía) para tratar de agarrar al viajero y al oficial de inmigración en algún desliz "gratificante".

Pero no, todo transcurrió con normalidad. ¿No sería yo el suspicaz, el ignorante de las condiciones de existencia del pueblo mexicano, el incapaz de sacar las conclusiones naturales, sanas, de una simple advertencia oficial? Me avergoncé de mí mismo. Había incurrido en la estupidez de inducir, de aquel

aviso, que México era una nación plagada de "servidores públicos" aficionados a la sucia cumbancha de las "donaciones" y las "dádivas".

Y al fin llegó mi turno.

René Vázquez Díaz, poeta y novelista cubano, reside en Suecia. Ha traducido muchos libros suecos al castellano, colabora con revistas de Suecia y España, y con los periódicos *El País* de Madrid y *El Nacional* de Caracas, entre otros.